

Comentarios. ("El Día", Madrid, 5 abril 1918).



COMENTARIO

«Esos republicanos...», se decía no ha mucho en las columnas de este mismo diario. ¡Sí, esos republicanos!... Pero ¿y estos monárquicos? Porque allá se van los unos con los otros.

Aunque en rigor aquí—y ya lo hemos dicho varias veces—no hay ni republicanos ni monárquicos, sino que lo que hay es anti-republicanos y anti-monárquicos. Casi todos, por triste ley de nuestro hado agorero, somos y, lo que es peor, tenemos que ser «antis». Los anti-republicanos no están en contra de la República, sino de los republicanos, o sea de los anti-monárquicos, y los anti-monárquicos no están en contra de la Monarquía, sino de los anti-republicanos, de los monárquicos y del monarquismo. Todo es, por lamentable sino, cuestión de personas.

Grandísima era la ansiedad la noche en que se resolvió la última crisis; pero la ansiedad nacía de ciego terror a lo desconocido, de pánico ante un probable salto en las tinieblas. Grandísimo fué el júbilo al saberse la solución. Pero si ésta hubiese sido otra, si se le hubiese dicho al pueblo, por ejemplo, que el Soberano se había ido y que los mismos, u otros conocidos y reconocidos, habían constituido un Gobierno provisional o una forma de interregno o de República, la sensación de alivio habría sido, de seguro, la misma. El temor era caer en una anarquía como la rusa. El pueblo descansa con cualquier solución que le parezca algo estable.

¡Esos republicanos!... Sí, muy bien; pero ¿y estos monárquicos?

Una vez más—y no será la última—tenemos que decir que para nosotros República, «res publica», quiere decir lo que etimológicamente dice, esto es: cosa pública, gobierno público, o sea: democracia.

Y democracia o gobierno público, del pueblo, no nos cansaremos de repetir que es el régimen de publicidad—no de mayoría—al que se opone el régimen de secreto, el despotismo. Y aunque lo mismo puede ser despótica una llamada—mal llamada—República que una Monarquía, es indudable que éstas, por su constitución íntima, propenden más al despotismo, al régimen imperial. ¡Y prueba al canto!

O *Seculo*, de Lisboa, diario ambiguo, ha venido alabando al Sr. Maura porque dice que hace pocos años impidió con su consejo que el difunto general Polavieja—de triste recordación—invadiera Portugal al frente de 600.000 hombres. Más de una vez hemos oído en la hoy República vecina hablar de estos pujos imperialistas y de esos proyectos de atentados fratricidas y anti-democráticos y sabemos que

allí, en Portugal, ni se puede recordar al difunto Canalejas ni al todavía vivo general Weyler. ¿Pero es que si aquí hubiera pueblo de verdad, es decir, si hubiera democracia, tendrían que andar cosas como esas en tratos secretos con Polaviejas y Weyleres y Canalejas y Mauras?

Si aquí hubiera—como debería haberla—«res publica», República, con Rey o sin él, no se decidiría lo de invadir o no invadir un pueblo vecino que ninguna ofensa nos había hecho, en Consejo secreto, en camarilla secreta acaso. Lo bochornoso, lo insufrible es que tuviese que ser el voto secreto, del Sr. Maura o de otro, el que atajase una intentona nacida de verdadera vesania imperialista.

Sabíamos de esos pujos y de cabildos sobre ello. ¿Y no podría decirnos algo al respecto el buen cronista nuestro amigo Ortega Munilla? Como supuesto conocedor de Portugal, ¿no dió alguna vez también consejo secreto?

Aquí, en lo del secreto, estaba el punto todo de gravedad. Un pueblo no es libre mientras los que le rigen pueden decretar la paz o la guerra en consejos secretos, en camarillas acaso. Y si esta catastrófica guerra que está asolando a los pueblos ha de tener algún fruto de bendición entre tantos de maldición, ha de ser el que se acaben las Santas Alianzas y los Pactos de Familia y el que los Estados Mayores—diabólicos centros de inhumanidad y de barbarie—preparen a espaldas del pueblo y en secreto planes de invasión. Es decir, que se tiene que acabar el imperialismo.

Un Emperador es, más que el jefe de un pueblo, el de un ejército, y si el nervio del ejército es el secreto, el nervio del pueblo es la publicidad. Los soldados no podrán discutir, ni menos votar, las resoluciones de su jefe; pero los pueblos deben discutir y votar—sobre todo discutir—las proposiciones de los que les mandan. La obediencia ciega es un principio despótico.

No, no es tanto de alabar al Sr. Maura porque hubiera con su consejo contribuido a que abortara aquella descabellada invasión con el descabellado general Polavieja—el que hizo fusilar a Rizal—, cuanto es de censurar al que se aconsejó del Sr. Maura en vez de haber llevado el asunto al Parlamento. ¡Y como esto era imposible, no haber pensado en ello siquiera. Porque nin-

gún Soberano de un pueblo libre debe pensar en cosa alguna que no se pueda discutir públicamente. Eso es conducta imperial; pero los pueblos sometidos a Emperadores no son pueblos libres. Compóngense de súbditos, no de ciudadanos.

Y si es despótico—y con ello inhumano—que decidan de la paz o la guerra los Soberanos, más inhumano, más bárbaros—esto es, anti-civilizado—es que decidan de una o de otra los técnicos encargados de llevar la guerra a cabo. Como que estos técnicos, es decir, los militares, debían estar educados para evitar las guerras. Más que estrategia debían aprender civilidad e internacionalidad, Derecho civil y político y Derecho internacional. Si la milicia hubiese sido lo que debería haber sido habríanse evitado no pocas guerras. Así como no comprendemos una guardia de Policía que esté maquinando motines o se regocije al humearlos. Nadie más que un militar debe tener horror y asco a la guerra, como nadie más que un médico debe odiar las enfermedades. Y el buen médico lo que debe ser es el higienista de las familias, el que trata de evitar las enfermedades y no el que tira a vivir de curarlas. Otra cosa sería en él poner su profesionalidad sobre la Humanidad.

Nos parece, pues, muy mal que hubiese habido un general Polavieja dispuesto a secundar una locura, y mucho peor si una camarilla de ellos, de generales, hubiese aconsejado—que ni lo sabemos ni nos cuesta creerlo—semejante atentado a la civilización.

Pero ya está otra vez en el Poder el hombre civil, el que dicen que se opuso a aquella vesánica ocurrencia.

«¡Esos republicanos!...» Sí, muy bien; pero ¿y estos monárquicos?

¡Publicidad! ¡Publicidad! ¡Publicidad! ¡Publicidad! ¡Fuera toda razón secreta!

Miguel de Unamuno.

